

RUMBOS

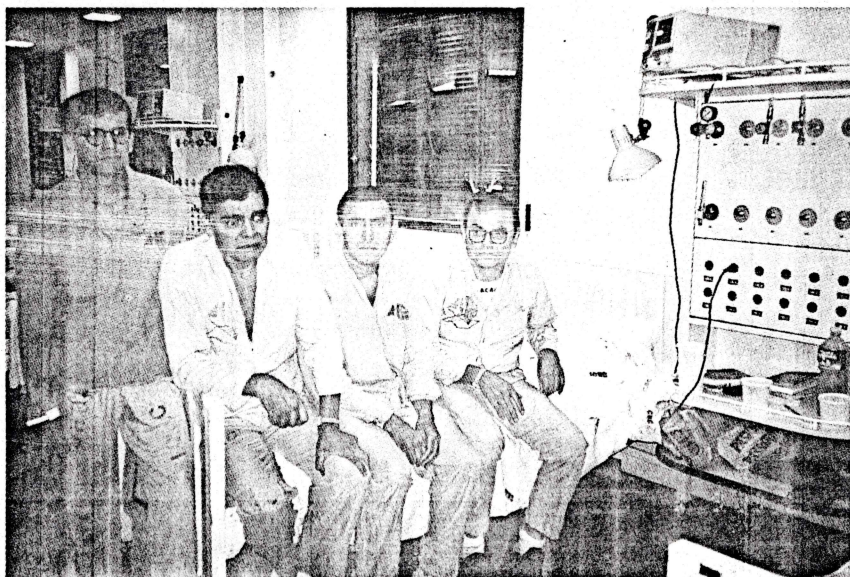
JOSE ALDUNATE s.j.

Sobre una huelga de hambre

Entre Navidad y Año Nuevo me tocó participar, por encargo del señor arzobispo de Santiago, en la culminación de una larga huelga de hambre en Sao Paulo, Brasil. Se trataba de un grupo de ocho antiguos miristas (cinco chilenos, dos argentinos y un brasileño) que habían secuestrado en 1989 a un empresario, Ahilio Diniz, y habían sido condenados a 28 años de prisión. Como reacción última a un largo trato discriminatorio, emprendieron esta huelga de hambre, que llevaba ya 40 días, los últimos con abstinencia incluso de agua. Los hechos y el desenlace feliz son conocidos. Quisiera tan sólo hacer algunas reflexiones al respecto.

Una huelga de hambre pretende ser un llamado a la conciencia ciudadana. Para esto ha de tener un auténtico sentido moral. Una huelga de hambre de cualquier criminal que sólo pretende reducir su pena, no tiene valor ninguno. En este caso, los muchachos habían sufrido una sentencia excesiva y un trato injusto. No rehusaban cumplir una condena que fuera justa, pues reconocían la gravedad de su delito. De hecho completarán su condena en Chile en condiciones razonables. La huelga de hambre es en realidad el recurso último a que se acude cuando no funcionan las instancias legítimas que han de hacer respetar los derechos fundamentales del hombre.

Esta huelga era por tanto una denuncia contra el sistema judicial brasileño. Es lo que percibimos en nuestra visita, corroborado por la opinión de ponderados abogados del país: si la justicia chilena cedió vergonzosamente ante el poder y es aún débil, la falencia de la justicia



Los presos miristas en huelga de hambre.

brasileña no es menor. Como efecto de la misma huelga de hambre, la Corte Suprema del Brasil redujo la condena de 28 años a 15, reconociendo la injusticia anterior y diferenciando también entre autores y cómplices. Hay que tener presente que el industrial secuestrado por el grupo es un potentado económico, dueño de una cadena de supermercados y de gran influjo en el ámbito político.

Percibí también cómo la pureza ética de una huelga se pone en peligro con la intervención de influencias de la política contingente. Hay siempre sectores políticos interesados en capitalizar estas coyunturas. Pero esos intereses mezquinos se ven

desenmascarados ante la opción final por la vida y la justicia que hay de poner término a toda huelga.

Es interesante también observar cómo la huelga ha apoyado un cambio de actitud de la opinión pública para con los secuestradores. El secuestro es obviamente un delito muy grave y se hizo muy odioso en Brasil (ha sido declarado crimen "hediondo"), porque se ha difundido como un medio de enriquecimiento entre las bandas de asociales. De aquí la fuerte reacción de la opinión pública contra el grupo de extranjeros que se metieron en el país a secuestrar. Lo hicieron llevados por un insensato idealismo, para reunir fondos a favor de la

guerrilla salvadoreña. Pero han tomado conciencia de que, si el fin fue político, el medio fue criminoso e injustificable. Y el sentir público ha sido unánime en condenar el delito. Sin embargo, la huelga de hambre ha hecho ver que los culpables ya han pagado por su delito, por lo que proseguir en castigarlos ya sería venganza. Se ha advertido un cambio en la prensa, que ha divulgado la imagen de los presos hospitalizados. Han recibido de muchos sectores muestras de apoyo en su intento de obtener un trato justo; los médicos y enfermeras se esmeraron en cuidarlos. Me parece ver en todo este proceso, de una parte y de otra, el crecimiento y

La huelga de hambre es el recurso último a que se acude cuando no funcionan las instancias legítimas que han de hacer respetar los derechos fundamentales del hombre.

triumfo del humanismo latente en todo corazón. Después que opera la justicia y se dan el arrepentimiento y la reparación, tiene que venir el perdón. Es toda una lección que podríamos aplicar en nuestra patria.

Por último, quisiera recalcar el admirable papel que ha desempeñado en esta historia el cardenal Paulo Evaristo Arns, arzobispo emérito de Sao Paulo. A él acudió la señora del empresario Ahilio Diniz para que salvara la vida de su marido convertido en rehén cuando la policía se enfrentaba con los secuestradores. Intervino como mediador: después de asegurar la libertad del secuestrado, terminó siendo el defensor de los secuestradores contra las arbitrariedades de la policía y de la justicia, que los querían destruir. Sin atender a su camiseta política, sin exigirles nada, la Iglesia Católica brasileña, con sus mejores abogados, los acompañó hasta el final en la defensa de sus derechos.

Sacerdote.